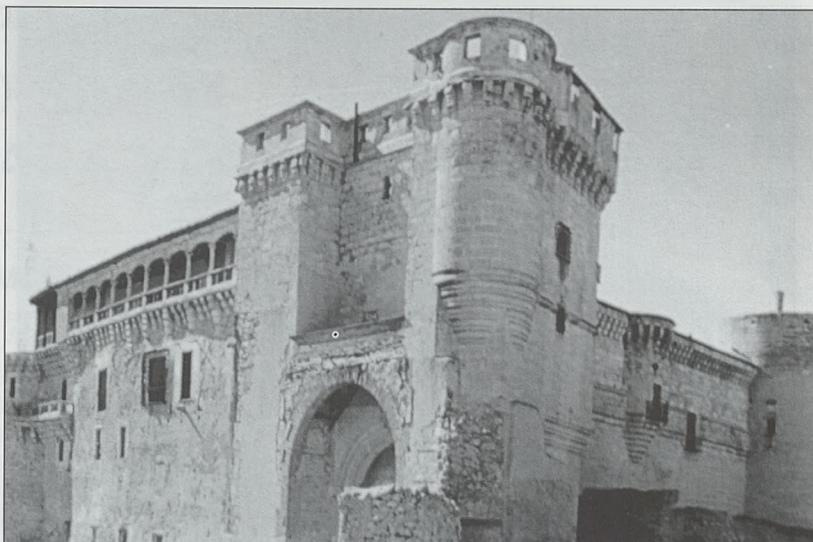


También aparece la fortaleza de Torregutiérrez. En Saldaña se reproduce el héroe de la poesía esproncediana, inconforme con el destino del hombre a quien devoran de un lado sus anhelos de felicidad y de otro los infortunios inexorables de la realidad. Ello a pesar de los abismos de maldad en que cae el personaje, aun sin descartar una esperanza de redención, concretamente en el amor en principio imposible a Leonor de Iscar. Zoraida, su amante mora, asesina a Leonor, cuando aunque algo forzada con el pensamiento puesto en su familia, ésta iba a consentir en el matrimonio con Saldaña.

Un historiador de la literatura, Juan-Luis Alborg¹¹, opina que «la trama, está entretejida con aventuras innumerables, que acreditan la desbordada inventiva de Espronceda, recordando muchas situaciones otras parecidas del maestro del género, Walter Scott, pero escritas con tal plasticidad que parecen provenir de la personal experiencia del escritor», de manera que «lo extremadamente novelesco de ciertas peripecias, ninguna de las cuales podría tacharse tampoco de absolutamente inverosímil, no se le pede reprochar sin cierta pedantesca incompreensión de todos los recursos y libertades que el género comporta». Esta reivindicación nos parece decisiva frente a la condena de la obra bastante frecuente en la erudición.

Todos los secretos de este castillo-dice uno de los personajes, Usdróbal, a Zoraida-, y particularmente los de la estancia que habita Leonor, me son muy conocidos. Se parte pues de la base de que un castillo, naturalmente, tiene secretos. A este propósito recordamos la afirmación de Balzac de que París no se acababa nunca. Sin embargo, por muy grande que sea una ciudad, es mensurable, reducible a cifras. Ahora bien, el entrecruzamiento de vivencias y



El castillo de Cuéllar, antes de su restauración

situaciones que en los recovecos de su plano se pueden dar, ya se evaden no solamente de la aritmética sino de la racionalidad, llevándonos a lo inefable hasta tener que dar la razón al novelista. ¿Y no podemos postular lo mismo de un castillo, concretamente del castillo de Cuéllar? ¿No nos explicaría esa visión la elección del argumento y el título de la novela del poeta Espronceda?

Así empieza el capítulo noveno: Tarde era ya aquella misma noche, cuando a la tibia luz de la luna recorría los corredores de la fortaleza una figura blanca, aérea y nebulosa, entre la luz y las sombras, semejante a un sueño de amor o a una aparición celeste, hollando apenas el suelo, y ágil y ligera como el pensamiento. Por supuesto autoría de la imaginación del escritor. Pero, ¿no resulta esencial el escenario real del castillo para posibilitar su despliegue? Ya desaparecía por instantes, ya otra vez brillaba sobre las almenas que plateaba la luna, ya se perdía de nuevo, ya en alguna elevada torre aparecía, sin que la rapidez de su marcha disminuyese ni se pudiese descubrir su rostro. El misterio de esta situación resulta después un tanto defraudado, en cuanto se trata de Zoraida, el personaje ya conocido. Pero en cambio, cuando los hombres de Saldaña secuestran a Leonor, y una supuesta maga les arrebata a ésta, en una vista y no vista aparición, el fenómeno literario es el contrario, imponerse lo fantástico a lo real, y de una manera inesperada y súbita. Lo cual nos confirma la trascendencia del castillo como estimulante sine qua non de la imaginación creadora misma. Hubiérase creído-sigue el autor- que era el genio tutelar del castillo, que por secretos e ignorados caminos recorría todo, veía todo y en todas partes se hallaba, ya desvaneciéndose entre los rayos que destellaba la luna, ya tomando una forma bella y majestuosa al aparecerse. Inmediatamente se vuelve a la topografía concreta de la fortaleza:



La zona palaciega del castillo

11.- Historia de la literatura española. El romanticismo (Madrid, Gredos, 1980) 361.